

4-30-2011

El arco y la flecha: Lezama y lo fugitivo incesante

José Antonio Michelena

Ana María de Rojas Berestein

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Michelena, José Antonio and Ana María de Rojas Berestein. 2011. El arco y la flecha: Lezama y lo fugitivo incesante. *Revista Surco Sur*, Vol. 2: Iss. 3, 58-62.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.2.3.16>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol2/iss3/18>

This NUBES DE PLATA is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

José Antonio Michelena y Ana María de Rojas Berestein

EL ARCO Y LA FLECHA: LEZAMA Y LO FUGITIVO INCESANTE*

El miércoles 28 de septiembre de 1949, el *Diario de La Marina* abrió una sección en la página 3 con el título de «La Habana» y durante seis meses consecutivos aparecieron allí, sin firma, crónicas, artículos, ensayos y reseñas que desbordaban, en su expresión, esos géneros. Fueron ciento trece flechas de un arquero anónimo, disparadas hacia un centro imantado, la ciudad capital; saetas contaminadas de su ritmo y color.

Nueve años más tarde, ochenta y cinco de esos textos renacieron en un nuevo contexto, como parte del libro *Tratados en La Habana*. Colocados en la sección II del volumen, les precede un pórtico, «Reojos al reloj», una meditación sobre el tiempo proyectada sobre el *corpus* de esos fragmentos que ahora, en su bautizo coral, reciben el nombre del cual carecieron en la humildad de su espacio periodístico. En su renacimiento, como «Sucesivas o las coordenadas habaneras» se integraron a un misterio mayor, el cosmos literario de José Lezama Lima, quien esta vez, en la nueva morada, sí los reconoce.

En el nuevo contexto, los textos elegidos se organizan de forma diferente, sin atender al orden cronológico, porque «Ahora, en la reversibilidad de extensión y magnitud, el reloj como máscara de la temporalidad, vacila, rectifica, cobra conciencia de sus imposibilidades al rendirse a sus inexactitudes. Para burlarlo se le ha puesto a girar en una plataforma de mármol, a diferentes distancias del centro de rotación». (202). Libres ya de las contingencias y reclamos

de la prensa diaria, los textos muestran su esplendor, y «sonriéndose, al reconocerse en su diversa infidelidad, cada uno va mostrando la relatividad de su lenguaje en relación con la cercanía al centro del disco». (*Ibid.*). Tejidos en un logos continuo, los textos ofrecen nuevas señales y es interesante hacer una lectura de sus discursos diversos, de la manera en que el autor burló «el egoísta argumento de su funcionalidad». Igualmente, conocer la naturaleza de los textos que no pasaron al libro.

Entre los veintiocho textos no seleccionados hay doce reseñas sobre arte (ocho de música; dos de teatro y dos de pintura); una reseña sobre la Feria del Libro; dos comentarios jurídicos; un comentario deportivo; otro, sobre costumbres; una crítica a la radiodifusión; una semblanza de Carlos de la Torre; una crónica sobre el Día de Acción de Gracias; y ocho artículos de variados asuntos, sobre todo de crítica social.

Curiosamente, el texto publicado el 28 de septiembre, el inicial, no figura en el libro. Se trata de una reseña sobre la actuación del tenor Hipólito Lázaro en el teatro *Auditorium*, dos días antes. Aquí, Lezama enseña algunas marcas que mantendrá en su columna, tales como la comparación de épocas, la evocación nostálgica y su concepción filosófica del tiempo. Véanse las oraciones finales: «Hipólito Lázaro, con la magia de su arte, había derrotado una vez más al tiempo, enemigo de la vida». Acaso esa afirmación rotunda, directa, le cerrara el acceso al nuevo

* Versión del texto leído en el Coloquio Internacional «A partir de la poesía: La era Lezama», celebrado en el Instituto de Literatura y Lingüística y la Casa-Museo José Lezama Lima, en La Habana, por el centenario del nacimiento de José Lezama Lima, los días 1 al 4 de noviembre de 2010.

destino. Y Lezama no cambió ni una coma en los textos para la edición del libro.

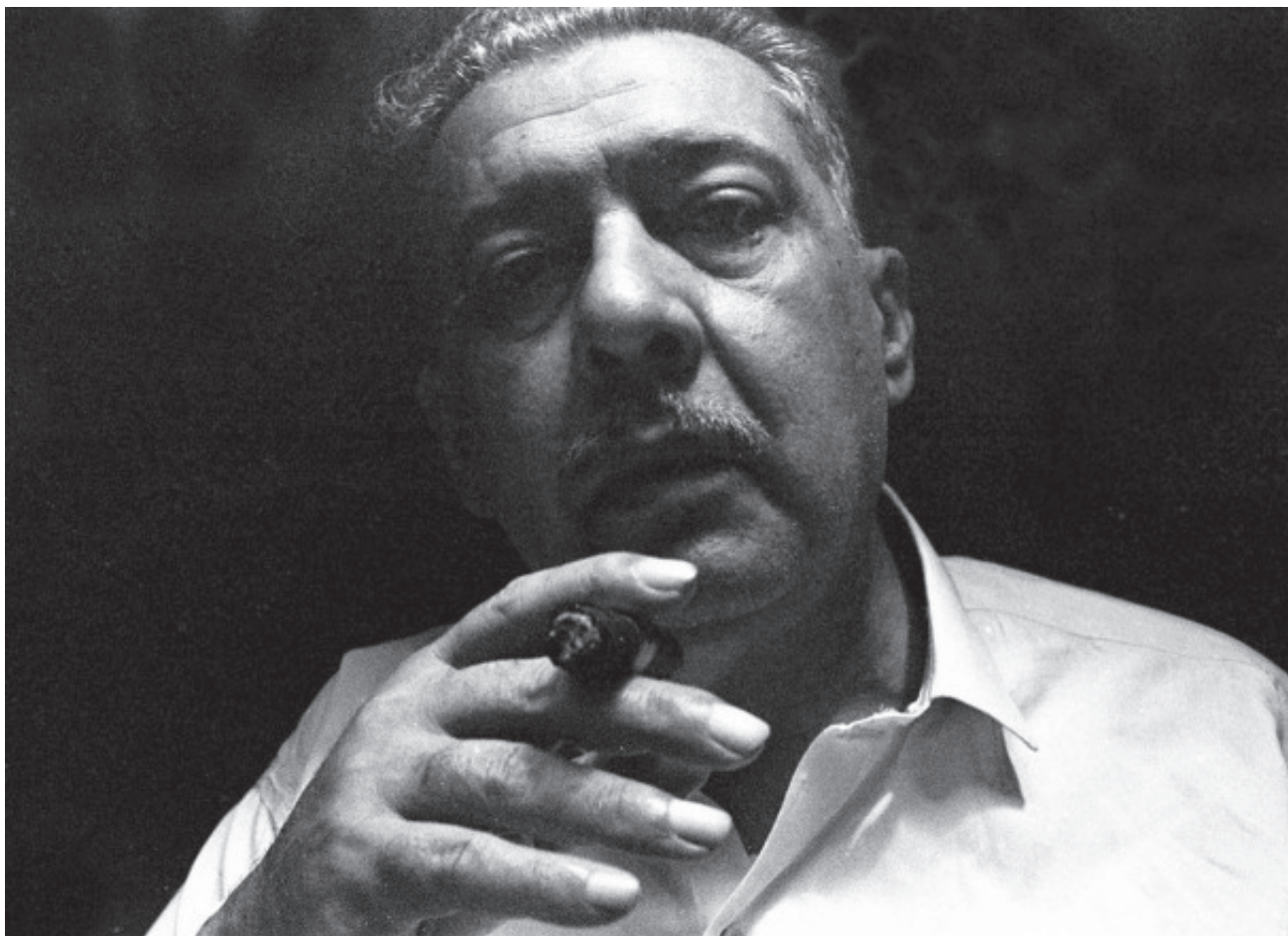
La variedad de discursos en los textos es una manera de saltar la recurrencia expresiva, así como el empleo de la ficción en la construcción de relatos permite evadir la circunstancia o la banalidad temática. Hay en «Sucesivas...» dos ejemplos de seducción inagotable. Nadie ha iluminado como Lezama dos expresiones de la cultura y las costumbres cubanas: el béisbol y las guaguas.

El texto en cuyo centro está el béisbol fue publicado el domingo 9 de octubre de 1949, un día después del comienzo de la temporada de pelota profesional en el estadio del Cerro, acontecimiento de gran impacto público. Situado en «Sucesivas...» en el número 3, el texto contiene diferentes discursos y planos espacio-temporales construidos por el cronista-narrador que se sumerge en una ucronía tejida por una cadena de imágenes y símbolos según el sistema poético lezamiano. El relato, al conferir una dimensión mitológica al juego de pelota, burla la contingencia temporal.

Publicado inmediatamente después en el periódico, y situado igualmente a continuación en «Sucesivas...», encontramos el cuento de la guagua, cuyo proceso narrativo es diferente porque el cronista hace una rápida transición y cambia su rol a narrador intradiegetico. Sin

embargo, en ambos hay un distanciamiento autoral hacia el tópico y lo banal, expresado aquí directamente: «No nos dirigiremos, evitando la caída en la banalidad del cualquier costumbrismo, al tema del monstruo anaranjado y verde; no, no hablaremos de la imposible “guagua”. Hay temas que pertenecen a la progresiva sombra, a lo fugitivo incesante». (207). Lo que cuenta el narrador-testigo es la espera de la guagua, toda la trama está tejida en torno a ese tiempo perdido donde el narrador observa y describe a las personas en la parada: «Indicaremos esas esculturas que se forman y deshacen en las esquinas». (*Ibid.*) El relato no solo está construido con una cadena de metáforas, sino que el propio texto es una metáfora porque la guagua es un disfraz del Maligno. Luego, la relación con el relato ucrónico del béisbol es de signo diverso, porque si en aquel se eleva a mito la celebración del juego, aquí se conjura el maléfico transporte, que, otra vez como criatura surrealista, reaparece en el capítulo XIII de *Paradiso*, estableciendo indudables conexiones con este relato.

Otro es el procedimiento expresivo con textos como el publicado el 6 de diciembre —número 34 de la colección— que desde el comienzo sitúa su tema —el circo— en un ámbito mágico, en una nostalgia encantada. Pero como la población



circense reposa en el recuerdo en una oscuridad sin asidero, el cronista reconstruye su pasado y así nace el relato del trapeceista japonés —en un tono y contexto que nos recuerda mucho a Borges—. Este minicuento de veinte líneas está igualmente en el linaje de *Las ciudades invisibles*, de Italo Calvino.

Las crónicas dedicadas a las más altas figuras de la patria (Martí, Maceo, Céspedes) se ajustan más al canon expresivo. Para Maceo escribe Lezama en una prosa elegíaca; a Céspedes lo describe en apretada semblanza. En ambos encuentra el testimonio corporal del que hablara Pascal. El artículo referido al nacimiento de Martí es un lugar de continua visita, un referente perpetuo. El tono recuerda el estilo del propio Apóstol; la palabra aliento, pronunciada en siete ocasiones, constituye el centro de la meditación, la cual va fijando su imagen, interpretando su misterio: «Así como su aliento y su mano podían arracimar las palabras, su destino lo ocupaba y comprendía con la sencillez resuelta del árbol que se sitúa en su paisaje». (257)

La ciudad capital, ya se sabe, es el epicentro nervioso, la araña que impregna su energía en todo el ámbito de la colección, pero especialmente en varios textos ella muestra su cifra de magia y esplendor. Un día antes del aniversario de su fundación, el 15 de noviembre, Lezama, citando a Herbert Read, Nietzsche, Goethe y Pico della Mirandola, dedicó un ensayo a realzar el orgullo de los habaneros, porque:

A veces el que transcurre en pequeña ciudad, complejo inesencial de muchos habaneros, cree que todos los signos le son hostiles, y que es esa misma pequeñez la causa de sus males e imposibilidades. (223)

Hace sesenta años, cuando la globalización cultural aún no se mencionaba, Lezama identifica una «política planetaria» de «los

Lezama visto por Fernando Vicente Sánchez



grandes estados contemporáneos», quienes, «devorados por la vastedad de sus propios planteamientos, no pueden tener la levadura de donde salieron las interrogaciones metafísicas y las respuestas de forma y expresión». (223) Distanciado de ese mal, reconociendo por refracción que «su sabiduría descendía de aquella ciudad» y que «solo allí su saber alcanzaba la mayor tensión de la cuerda de su arco», Lezama convoca a burlar la hipertrofia con «los números de agrado, la medida linda, la respuesta a los cariños de la mano que todavía alcanza La Habana». (223) Y en otro ensayo, publicado en el periódico el día posterior

al Día del Descubrimiento, Lezama se sumerge en el ritmo de la ciudad; ritmo que —dice— «entre la diversidad rodeante es el predominante azafrán hispánico».

El Día del Ingeniero, Lezama reflexiona sobre las ciudades en su devenir, como creación del hombre, como organismo vivo, criatura desarrollada en acuerdo con el entorno, engendradora de sus propios misterios, sus propios mitos y leyendas, «de ahí —señala— que toda ciudad tenga la nostalgia de la Torre de Babel y de la escala de Jacob, de una finitud sin cesar creciente y de un modelado sueño».

Diferente es el discurso para conmemoraciones vaciadas de la esencia que las originó, donde el acontecimiento histórico es celebrado con estruendo carnavalesco. Tal es la crónica en clave de parodia publicada el 12 de octubre que, en el párrafo final, interrumpe el recuento de esos simulacros y cambia su lenguaje para criticar el desacierto y culminar luego en un lamento «que llega entre algodones y se va como pluma», un tropo de contraste que termina reverberando en el lector.

Algunos textos de «Sucesivas...» descansan en la oralidad. En ellos circula más libremente la magia conversadora de Lezama, declarado admirador —continuador diremos— de Sócrates

y Montaigne, a los que alude en su ensayo sobre paseo y conversación, construido en un párrafo largo y otro corto, como si le dijera al lector: descansa para seguir hablando mientras paseamos. El paseo es un tópico sobre el que vuelve constantemente y es también un signo que maneja en su discurso, una voz de significado diverso que él recorre, bien como lugar o sitio público, como verbo de acción, pero también como relax para el oyente lector. Paseo es una de las palabras encantadas de «Sucesivas...» porque Lezama era un paseante fervoroso de su ciudad y su lengua; de ahí que «Sucesivas...» sea una invitación a pasear La Habana, sus lugares y su historia e igualmente para seguir caminando por la obra de su autor.

Son recurrentes en «Sucesivas...» los comentarios sobre las estaciones, especialmente la manera en que ellas transcurren en la ciudad, los estados de ánimo que generan, los disímiles colores que reflejan. Véase la publicada el 29 de diciembre:

(...)Entre nosotros vamos adquiriendo, por ausencia de estaciones rasantes y totales, la costumbre de valorar nuestro invierno por las formas en que se esconde el verano. Días en que la tarde fue de sequía, entre un despertar húmedo y un anochecer seco y bruñido, en que las dos estaciones se presentaron como dos ramas con hojas secas de oro cansado y flores rojas como graciosas y pequeñas empanadas a la parrilla. (246)

Lezama siente su ciudad, la recorre, la celebra, relata sus costumbres, sus leyendas, pero también critica los malos hábitos, la corrupción de las costumbres, ya sean las del ciudadano, de la sociedad, o del estado. Así, en el texto que abre la colección, publicado el 6 de octubre, expresa:

Entre nosotros la creación de bosques dentro de la ciudad, ha caído muy pronto en las exaltaciones pornográficas o en los crímenes indescifrables. Falta de madurez y de juego amable la nuestra en los movimientos del corazón. (204)

Al mes siguiente, luego de la «conversación» que nos invita al disfrute de las calles y las casas, humanizadas y extraídas del plano hacia nosotros por el cronista, desplaza su enfoque hacia un tema que llega hasta el presente: la desidia y el maltrato, público y estatal, de las construcciones. Las líneas finales son premonitorias y de una vigencia pasmosa:

Cada vecinería debía hacer sus propios patronatos para pinchar a las autoridades adormecidas por licores espesos, a realizar sobre todo cuando en muchos de esos edificios lo que no se haga por esta generación motivará que desaparezcan y que sus ruinas sean un índice que señalen esqueletos y estupideces. (210)

Que Lezama era un ciudadano atento a su entorno y al transcurso de la sociedad lo corroboran, no solo la variedad de textos presentes en «Sucesivas...», sino también los que él no seleccionó para figurar en *Tratados en la Habana*. Allí encontramos varios artículos de crítica social; entre ellos, la lentitud en la reparación del Malecón; la despreocupación de la ciudadanía por los asuntos públicos; el estado de abandono de un importante edificio gubernamental; y el trato equivocado hacia los extranjeros. Y para que no pensemos que su ucronía sobre el béisbol era un caso aislado, diez días después comentó en el periódico la negación de las Grandes Ligas del béisbol estadounidense a que sus astros participaran en la campaña de la pelota cubana recién comenzada. Llamativa también es la crítica que realiza el 22 de octubre, enmarcada en lo que nomina «lunares en la radiodifusión».



Una crónica muy singular, cuyas coordenadas sociales se han modificado, estuvo dedicada a la creación de las universidades de Santiago de Cuba y de Las Villas. Lezama realiza una prolepsis que anticipa la nostalgia por los estudiantes de provincias en la universidad de La Habana y las repercusiones sociales de esa ausencia.

En 1958, Cintio Vitier calificó a *Tratados en La Habana* como «un libro maravilloso», «la primera conciencia que toma La Habana de sí misma en cuanto habitado misterio y centro de irradiaciones incorporativas». (Vitier: 138) Según él «Lezama le ha dado a La Habana rostro y participación, colocando sus textos soplados, henchidos de gracia marinera y sobreabundancia pascual, debajo de las piedras más hondas y universales de nuestra fundación». (*Ibid*: 144)

Ha sido nuestro propósito, revisitar «Sucesivas o las coordenadas habaneras» para detenernos en observar la diversidad de discursos que conviven en sus textos, la manera en que Lezama se desplaza por los géneros periodísticos y literarios, la multiplicidad de asuntos tratados, las mutaciones del estilo, pero también nos interesó mirar hacia esos textos que no figuran en *Tratados en La Habana*, porque, en sus asuntos, hallamos a un Lezama inmerso en todos los avatares de su ciudad, un Lezama

ciudadano, vecino, caminante de los mil laberintos de la *polis*, no solo por las salas de concierto, las librerías, los teatros, las galerías, la Ciudad Letrada; un Lezama que tuvo la humildad de escribir, durante seis meses, una columna anónima, apenas cuarenta y cinco líneas en el exuberante *Diario de La Marina*, pero esa columna estaba destinada al cielo.

Referencias

- Lezama Lima, José (2009): «Sucesivas o las coordenadas habaneras», en *Tratados en La Habana*, Letras Cubanas, La Habana, pp 204-278.
- Vitier, Cintio (1970): «Un libro maravilloso», en *Recopilación de textos sobre José Lezama Lima* (selección y notas de Pedro Simón), Casa de las Américas, La Habana, pp 138-145.

